



# La lógica en el atolladero soviético

La quinta esquina, de Izraél Méttter, es una obra que trata de la importancia del recuerdo



RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Hay obras que conducen la lógica a un atolladero. Ya desde su título, el espíritu que anima *La quinta esquina*, de Izraél Méttter, opera en ese sentido. Su protagonista, Boria, es un joven soviético que en los años 20 del pasado siglo ingresa en la quinta categoría social consentida por los arquitectos de la política de entonces. No es un obrero. No es un campesino. No es un intelectual. No es un funcionario. Hijo de un empresario, su destino de pequeñoburgués lo condena a un redil ambiguo (artesano y otros) y a un rincón incómodo, que escapa de los escenarios habitables. Desde esa esquina verá cómo le será vedado el acceso a un determinado tipo de vida. En su caso, a la posibilidad de cursar estudios universitarios. Y desde esa esquina, que reducirá su horizonte de expectativas, Boria relatará sus claroscuros confusos, sus episódicos alumbramientos, la grisura casi constante.

La quinta esquina es una novela acerca de la importancia del recuerdo. También acerca de la imposibilidad de recordar sin tergiversar lo vivido. Ya que sólo se contempla el borrador de nuestra vida, nadie puede vivir en limpio. La

literatura, que es un inmenso aparato de exhumación, contempla el propósito, a menudo fallido aunque siempre legítimo, de eliminar esas manchas dejadas en el papel y organizar los materiales de una vida como si poseyeran unidad. En el caso de Boria, dos son las fuerzas que disponen el conjunto de ese caudal de experiencias hasta prestarle un sentido.

La primera es la consideración de la juventud como una fortaleza jamás rendida. La negativa a envejecer en el recuerdo, estructurada en *La quinta esquina* a través de la imagen de Sasha Beliaovski, el amigo muerto durante la Guerra Patria, explota en el episodio final mediante la contrafigura de una mujer que adora el icono de alguien desaparecido treinta años antes. Al verse en ese espejo deformado por la edad y las pasiones, Boria comprende qué ridícula es toda forma de idolatría y, a la vez, qué humana, disculpable y embriagadora resulta. La segunda fuerza que nos alivia de las quintas esquinas es, por supuesto, el amor. Méttter ha escrito, de hecho, una bellísima novela de amor («En esos quince años, hiciera yo lo que hiciera, lo hacía ya por ella, o contra ella. Perdí la capacidad de realizar actos neutrales. El amor se convirtió en mi profesión») en la que el naufragio y el fracaso de los afectos no impide que la contumacia del amante nos conmueva.



La quinta esquina  
IZRAÍL MÉTTTER  
Libros del Asteroide, 2015.  
208 páginas

A pesar de las miserias y el trastorno, a pesar de la derrota del amor a manos de la lógica de las quintas esquinas, en un itinerario que, hasta cierto punto, emparenta la presente obra con *Doctor Zhivago*, Méttter logró conjurar en las escasas docenas de páginas de su novela los demonios de una época y de un hombre, otorgando a estos el rango suficiente para que, mediante el expediente de la literatura, se convirtieran en una delicada, muy hermosa palinodia del tiempo perdido.